

pues con tan tierno acento que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían. Quedó D. Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente alzó la voz, y dando un gran suspiro dijo: o tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aqui se me han hecho: que como esto sea tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y talamo dichoso; y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la insula ó otra cosa equivalente

que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pidiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado D. Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Quando D. Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro dijo: muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes: pero jamas he leído ni visto ni oído que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardios animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda ó oscura nube ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mi ahora

sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas. ¡Católicas, mi padre! respondió D. Quijote: ¿como han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten mas de en la apariencia. Por Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo que aquí anda tan solícito es rolizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque segun se dice, todos huelen á

piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan señor debía de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió D. Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos donde quiera que estan traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado, y temiendo D. Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar dán-

doles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero ántes que se moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritónes á despedirse de D. Quijote, fingiendo que lloraban de su desgracia, á quien D. Quijote dijo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vías destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguizado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamas

le dí á nadie; y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con D. Quijote, el cura y el barbero se despidieron de D. Fernando y sus camaradas, y del capitán y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo D. Fernando al cura donde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba D. Quijote, asegurándole que no habria cosa que mas gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y suceso de D. Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del Curioso impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto

mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego vió que al principio del escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió que pues la del Curioso impertinente habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y así la guardó con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de D. Quijote, y pusieronse á caminar tras el carro; y la órden que llevaban era esta: iba primero el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno llevando de rienda á Rocinante: detras de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. D. Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra; y así con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas,

que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminasen un poco mas, porque él sabia que detras de un recuesto que cerca de allí se mostraba habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y así tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flemma y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestar á la venta que ménos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los Perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venian, que en resolucion era canónigo de Toledo y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y mas á D. Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar que significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facinoroso

salleador, ó otro dilincuente cuyo castigo tocase á la santa hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó D. Quijote la plática, y dijo: ¿por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son verosados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son comunicaré con ellos mis desgracias, y si nó no hay para que me canse en decirlas; y á este tiempo habian ya llegado el cura y el barbero viendo que los caminantes estaban en pláticas con D. Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo á lo que D. Quijote dijo respondió: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías, que de las sùmulas de Villalpando; así que, si no está mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisieredes. A la mano de Dios, replicó D. Quijote: pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de los malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria,

sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor D. Quijote de la Mancha, dijo á esta sazón el cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Este es, señor, *el caballero de la Triste Figura*, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronce duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en oscurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oír la plática, para adobarlo todo dijo: ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que así va encan-

tado mi señor D. Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer ántes que le enjaulasen. Siendo esta asi, ¿ como quieren hacerme á mi entender que va encantado? pues yo he oído decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo sí no le van á la mano hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura prosiguió diciendo: ¡ ah señor cura, señor cura! ¿ pensará vuestra merced que no le conozco? ¿ y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamientos? pues sepa que le conozco por mas que se encubra el rostro, y sepa que entiendo por mas que disimule sus embustes. En fin donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez la liberalidad. Más haya el diablo, que si por su reverencia no fuera esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo ménos, pues no se podia esperar otra cosa asi de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban

en piganitos hoy estan por el suelo. De mis hijos y de mi muger me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna insula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor D. Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. Adórame esos candiles, dijo á este punto el barbero; ¿ tambien vos, Sancho, sois de la cofradia de vuestro amo? vive el Señor que voy viendo que le habeis de tener compañía en la paula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballeria. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la insula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del rey que fuese; aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si insulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á

ser papa, cuanto mas gobernador de una insula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor menearlo. No quiso responder el barbero á Sancho porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir, y por este mismo temor habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado con otras cosas que le diesen gusto. Hizolo así el canónigo, y adelantóse con sus criados y con él; estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de D. Quijote, contándole brevemente el principio y causa, de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oír la peregrina historia de D. Quijote, y en acabándola de oír dijo: verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi

cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual mas, cual ménos, todos ellos son una misma cosa; y no tiene mas este que aquel, ni esto tro que el otro; y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo como puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe há de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una

torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculdo, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardia, y mañana amanece en tierras del preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no estan obligados á mirar en delicadezas ni verdades; responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles

allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborozen y entren gan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerias que haga un cuerpo de fabula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las baziñas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesias mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil. El cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia; y así le dijo, que por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerias, habia quemado todos los de D. Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio

que dellos habia hecho, y los que habia conde-
nado al fuego y dejado con vida, de que no poco
se rió el canónigo, y dijo que con todo cuanto
mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos
una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian,
para que un buen entendimiento pudiese mos-
trarse en ellos, porque daban largo y espacioso
campo por donde sin empacho alguno pudiese
correr la pluma, describiendo naufragios, tor-
mentas, reencuentros y batallas; pintando un
capitan valeroso con todas las partes que para
ser tal se requieren, mostrándose prudente,
previniendo las astucias de sus enemigos, y elo-
cuente orador persuadiendo ó disuadiendo á sus
soldados, maduro en el consejo, presto en lo
determinado, tan valiente en el esperar como en
el acometer; pintando ora un lamentable y trá-
gico suceso, ora un alegre y no pensado aconte-
cimiento; allí una hermosísima dama, honesta,
discreta y recatada; aquí un caballero cristiano,
valiente y comedido; acullá un desafortado bár-
baro fanfarron; acá un principe cortés, valeroso
y bien mirado, representando bondad y lealtad
de vasallos, grandezas y mercedes de señores;
ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo
ecselente, ya músico, ya inteligente en las ma-
terias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de

mostrarse nigromante si quisiere: puede mos-
trar las astucias de Ulises, la piedad de Enéas,
la valentia de Aquiles, las desgracias de Héctor,
las traiciones de Sinon, la amistad de Enriale,
la liberalidad de Alejandro, el valor de César,
la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de
Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente to-
das aquellas acciones que pueden hacer perfecto
á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno
solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo
esto hecho con apacibilidad de estilo y con inge-
niosa invencion, que tire lo mas que fuere posi-
ble á la verdad, sin duda compondrá una tela de
varios y hermosos lazos tejida, que despues de
acabada tal perfeccion y hermosura muestre,
que consiga el fin mejor que se pretende en los
escritos, que es enseñar y deleitar juntamente,
como ya tengo dicho, porque la escritura desa-
lada destes libros da lugar á que el autor pueda
mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con
todas aquellas partes que encierran en sí las dul-
císimas y agradables ciencias de la poesía y de
la oratoria, que la épica tambien puede escribir-
se en prosa como en verso.

CAPITULO XLVIII.

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

Así es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aqui han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos principes de la poesia griega y latina. Yo á los ménos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la esperiencia de si correspondian á mi estimacion las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el número de los simples que de los prudentes;

que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me le quitó de las manos y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo; si estas que ahora se usan así las imaginadas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo esto el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas estando tan léjos de serlo; y los autores que las componen, y los autores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fabula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinión con los pocos: deste modo vendrá á ser mi libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo; y aunque algunas veces he procurado persuadir á los autores, que se engañan en tener

la opinion que tienen, y que mas gente atraerán y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte que no con las disparatadas, ya estan tan asidos y encorporados en su parecer; que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dije á uno destes pertinaces: decidme, ¿ no os acordais que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta destes reinos, las cuales fueron tales que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, asi simples como prudentes, asi del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? ¿ Sin duda, respondió el autor que digo, que debe de decir vuestra merced por *la Isabela, la Filis y la Alejandra*? Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: asi que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fue disparate *la Ingratitud vengada*, ni le tuvo *la Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni ménos en la *Enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos

poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado; y otras cosas añadi á estas con que á mí parecer le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta sazón el cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerias; porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, é imágenes de lascivia: porque ¿ que mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿ que mayor que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un page consejero, un rey ganapan, y una princesa fregona? ¿ Que diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera en

acabó en Africa, y aun si fuera de cuatro jornadas la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿como es posible que satisfaga á ningún mediano entendimiento que fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalem, y el que ganó la Casa santa como Godofredo de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto inescusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto, y que lo demas es buscar gullurias, ¿Pues, que si venimos á las comedias divinas? Que de milagros fingen en ellas, que de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin mas respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga á la

comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles; porque los estrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no sería bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreación, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues este se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para que poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debían hacerse, pues como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende, A lo cual respondería yo, que este fin se conseguiría mucho mejor sin comparación alguna con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que

todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez; y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin

mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linages; y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que ecsaminase todas las comedias ántes que se representasen, no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso ecsámen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicisimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos: y si se diese cargo á otro ó á este mismo que ecsaminase los

libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesens para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura cuando adelantándose el barbero llegó á ellos, y dijo al cura: aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el cura, y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, el tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se los ofrecia; y así por gozar dél como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de D. Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no léjos de allí estaba, y trujesen della lo que bubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en

aquel lugar aquella tarde: á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues así es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechosos, llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaído y fonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado, sino transtornado el juicio. Pregunta le que quisieres, hijo Sancho, respondió D. Quijote, que yo fe satisfaré y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son

el cura y el barbero nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuvieses la sogá de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo; y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, que quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento escede á cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer pre-

guntarme algo, di, que yo te responderé aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz; ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de celebró y tan falto de meollo que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si no dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando ménos piense. Acaba de conjurarame, dijo D. Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas como vuestra merced las profesa debajo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió D. Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y así, porque hace el caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso

despues que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas si quieres que te responda derechamente. ¿Es posible que no entiendan vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa? Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora la tengo, sácame deste poligro, que no anda todo limpio.

CAPITULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote.

Ah! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como á la vida. Venga acá señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé que tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de dondes se

viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió D. Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian; de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de que hacer consecuencias; yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y estrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacion seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que